

AGENDA CIUDADANA

LA RELACIÓN CON EL NORTE: HISTORIA DE UNA HISTORIA

Lorenzo Meyer

Historia y Revisión.- En principio, lo impredecible es el futuro y lo inamovible es el pasado; lo que hoy existe puede cambiar pero no lo que ya ocurrió. ¿Cierto?. No exactamente, al menos no para el historiador. Para él, el pasado puede transformarse casi tanto como el futuro. Y la razón es simple: la percepción de lo que ya tuvo lugar -- especialmente su explicación -- esta muy condicionada por lo que está teniendo lugar aquí y ahora. Y resulta que el presente siempre esta cambiando. Justamente por ello el pasado se modifica, o para ser exacto, se modifica la percepción --y comprensión -- de lo que pasó. En suma, es la fluidez del presente lo que hace que cambie nuestra idea del pasado.

En una biografía que acaba de publicar, John Lukacs justifica su obra a pesar de que ya hay una biblioteca de biografías -- alrededor de cien -- sobre el mismo y tristemente celebre personaje (¡nada menos que Hitler!). ¿Por qué una visión más sobre un tema ya trillado? Pues porque la historia definitiva -- en este caso, la biografía definitiva -- es imposible; nunca se podrá llegar a una interpretación final sobre nada ni nadie. “El significado de la historia no es otro que el constante repensar -- revisar y reinterpretar -- el pasado. La historia es, en el sentido más amplio del término, revisionista... Una y otra vez los personajes y los hechos son juzgados y vueltos a juzgar...[En realidad] todo el pensamiento humano implica repensar el pasado” (The Hitler of History, Nueva York: Alfred A. Knopf, 1997).

La idea que inspira una reunión académica a celebrarse en Estados Unidos tiene que ver con la consideración anterior: en este final del siglo XX ¿como se interpreta la

historia de casi doscientos años de relaciones entre México y su vecino del norte?. En otras palabras, ¿como afecta la percepción del pasado el hecho de que hoy las élites políticas y económicas de México y Estados Unidos hayan decidido unir sus intereses de largo plazo mediante un tratado de libre comercio?.

Es evidente que el interés nacional de México fue radicalmente redefinido cuando, al final de los años ochenta, sus dirigentes políticos decidieron que la mejor manera de revitalizar un proceso de desarrollo económico que se había ido a pique en 1982, era abandonar las viejas ideas del nacionalismo revolucionario y sustituirlas por otras que hicieran de la cercanía con Estados Unidos no sólo una necesidad sino una virtud. En efecto, a lo largo de casi todo el siglo XX, la identidad colectiva de México y su proyecto de futuro se habían construido teniendo a Estados Unidos más como un obstáculo que como un apoyo. Sin embargo, con el ascenso de Carlos Salinas a la presidencia, se dio un giro de casi 180° en este campo. A querer o no, el viraje implicó también revisar el pasado, un pasado que hasta entonces había sido interpretado a la luz del nacionalismo revolucionario que ahora se desechara.

Si hacer historia significa revisar de manera crítica las interpretaciones del pasado, esa revisión depende de otras variables: de la capacidad, preparación y biografía del historiador, de su clase social, los intereses con los que se identifica, su nacionalidad, la naturaleza de la época y las ideas, etcétera. Historiadores o no, cada uno de nosotros ve al pasado colectivo desde su muy particular visión del presente, sus esperanzas y temores.

La Revisión Oficial.- Los libros de texto gratuitos que el gobierno mexicano ha publicado desde 1960 para socializar a los jóvenes, son un indicador tan bueno como cualquiera para examinar como cambia -- o se mantiene -- la interpretación que la

clase gobernante hace del pasado. Un colega, el profesor Bernardo Mabire, ha dedicado un buen tiempo al análisis de este peculiar documento (“La visión de México y Estados Unidos en los libros de texto gratuitos de 1992 para la educación primaria” en Gustavo Vega (comp.), México, Estados Unidos, Canadá, 1991-1992, El Colegio de México, 1993). De cuando surgieron esos libros (1960) a la actualidad, no es mucho lo que ha cambiado la interpretación que ellos ofrecen a los jóvenes estudiantes sobre lo que México fue, es y deberá ser, pero en algo ha cambiado. Y el cambio incluye las relaciones con el exterior, en particular con los Estados Unidos.

Para los diferentes textos, el imperialismo es la fuerza que ha dado forma a la relación de los mexicanos con el exterior. Ese imperialismo va del español del siglo XVI al norteamericano del siglo XX, pasando por el europeo en general. En los últimos textos, en los que se editaron bajo el gobierno neoliberal de Carlos Salinas, la crítica mayor se reservó al imperialismo del pasado remoto -- el español --y en cambio se diluyó mucho aquella que en los años del gobierno de Luis Echeverría se dedicó al más cercano: al neocolonialismo y a las luchas del “tercer mundo” después de la II Guerra Mundial, cuando Estados Unidos era ya el poder dominante en Occidente. En los libros publicados en los años noventa, resulta que, según Mabire, “La desconfianza frente al mundo ha desaparecido casi por completo, de manera congruente con las expectativas de superar los problemas nacionales mediante relaciones estrechas con otros países”, en particular con Estados Unidos (p. 475).

La nueva visión “oficial” sobre Estados Unidos -- la que ve a ese país como la tabla de la salvación mexicana -- debió enfrentarse al hecho de que, por mucho tiempo, los textos que leían los niños mexicanos consideraban al país vecino del norte, como una de las razones de nuestro subdesarrollo y la amenaza más seria a la

soberanía e independencia mexicanas. Este conflicto, señala Mabire, “se resuelve en los manuales con facilidad inusitada, por medio de subrayar que la experiencia más traumática en las relaciones entre ambos estados tuvo lugar hace siglo y medio, y que desde entonces, gradualmente, se impusieron condiciones favorables a la cooperación” (p. 482).

Así, a la guerra de 1847 se le califica como la mayor desgracia de México en el siglo XIX. Se le ve de manera más dura que en los textos de los años anteriores. La responsabilidad del conflicto se arroja a los pies del expansionismo norteamericano y se desdibuja la explicación que en libros anteriores atribuyó la derrota mexicana a las debilidades internas. La extracción de las materias primas mexicanas en el Porfiriato es el motor de la relación mexicano-americana, y no se soslaya el intervencionismo norteamericano durante la etapa de la Revolución Mexicana. A partir de ahí, y siempre según Mabire, empieza a operar el cambio de interpretación: se insinúa que el éxito militar de Venustiano Carranza sobre sus enemigos algo debió al apoyo que el “Primer Jefe” recibió del gobierno norteamericano. Al tocar el tema de la expropiación de 1938, se hizo notar que las posiciones duras de las empresas petroleras no recibieron el apoyo del gobierno ni de la opinión pública en Estados Unidos.

A partir de la II Guerra, los texto del salinismo subrayan el carácter de “cooperación y entendimiento” entre los dos países, y en cambio toman distancia de la política de López Portillo que en los años setenta dio apoyo a la revolución nicaragüense y a los insurgentes salvadoreños, pues se sugiere que México pagó por ello al reducir su posibilidad de negociar sus intereses económicos con Estados Unidos. Finalmente todo el proceso concluye bien gracias a que México tomó en los años noventa la iniciativa de negociar un tratado de libre comercio con Estados Unidos

y Canadá y evitó quedar fuera de la tendencia mundial a la conformación de bloques económicos. Así, y siempre según la visión oficial más reciente, la relación más importante de México con el exterior -- la que se tiene con Estados Unidos -- perdió finalmente su conflictividad. De cara al futuro, la definición de México y lo mexicano se haría ya no por contraste y oposición al enemigo externo -- este casi dejó de existir -- sino por su capacidad de asemejarse con el poderoso país del norte para lograr la siempre buscada y nunca encontrada, modernidad económica.

Las Otras Revisiones.- La interpretación oficial de la conflictiva historia de las relaciones de México con su vecino no es el, desde luego, el único revisionismo que hay. Existen otros. Por ejemplo, Josefina Vázquez decidió aprovechar que se cumplieron 150 años de la guerra con Estados Unidos para volver a examinar el conflicto y reinterpretarlo con nuevas fuentes de archivo. El resultado son tres libros publicados este año: La intervención norteamericana, 1846-1848, (Secretaría de Relaciones Exteriores), la obra colectiva México al tiempo de su guerra con Estados Unidos, (Fondo de Cultura, Colegio de México) y, en coautoría con Reynaldo Sordo, En defensa de la patria, (Archivo General de la Nación). En estas obras se pone por igual el acento en el factor externo como interno. Lo externo no es sólo el expansionismo norteamericano -- que sigue siendo considerado como la razón principal de la guerra -- sino las amenazas de Europa. El factor interno es la terrible división de la clase gobernante; que no es sólo aquella entre monarquistas y republicanos, sino la que se dio entre federalistas radicales -- que le negaron al gobierno central recursos para la defensa de la nación -- y moderados. Si finalmente algo se salva del gran naufragio del 47, se lo debemos, según Josefina Vázquez, a los moderados y sólo a ellos. En suma, hace ciento cincuenta años los enemigos del

interés mexicano estaban tanto dentro como fuera de nuestras fronteras, y la preocupación de la historiadora sobre los efectos de la división interna frente al enemigo externo, no esta divorciada de la división actual.

Personalmente, en mi libro Su majestad británica contra la Revolución Mexicana, 1900-1950, (El Colegio de México, 1991), sometí a revisión la política del presidente Woodrow Wilson hacia la Revolución Mexicana a la luz de las acciones y proyectos europeos. Encontré al personaje y a su política de 1913 y 1914, más complejos que la simple, y por mucho tiempo aceptada, caracterización de intervencionistas e imperialistas. Desde luego que el factor imperial es el elemento explicativo central, pero detrás del imposible intento del antiguo profesor de ciencia política por controlar una revolución -- Estados Unidos aún no tenía mucha experiencia en ese campo --, estaba un proyecto interesante y no particularmente reaccionario, de usar la lucha civil mexicana para propiciar la modernización política y social del vecino del sur de Estados Unidos, para que éste pudiera contar, en el largo plazo, con un México estable y que fuera mejor comprador, pagador y campo de inversiones, de lo que había sido bajo la dictadura de Porfirio Díaz o podría serlo bajo la de Victoriano Huerta.

Otro revisionismo es el de Sergio Aguayo. En los primeros días del próximo año, Aguayo nos entregará El panteón de los mitos. Estados Unidos y el nacionalismo mexicano. La tesis central de esta investigación -- que usa a fondo los archivos y la hemerografía norteamericana -- consiste en revelar que, en la práctica, el nacionalismo mexicano posterior a la II Guerra Mundial --la supuesta independencia relativa de México en lo político y en lo económico frente a Estados Unidos -- fue mucho menor de lo que el discurso oficial de Miguel Alemán a Carlos Salinas nos quiso hacer creer. Por otro lado, Aguayo pone de manifiesto que a cambio de sus concesiones, el gobierno

mexicano extrajo del norteamericano algo muy importante: su apoyo al mito de la democracia mexicana. En efecto, la información que los responsables norteamericanos recibieron sobre México era adecuada y suficiente para calificar al régimen político de su vecino del sur como antagónico a los valores y prácticas de la democracia, pero estaba en el interés de Washington apoyar la imagen del gobierno mexicano como esencialmente democrático. En este empeño, la Casa Blanca contó con la complicidad del grueso de la prensa y de la comunidad académica norteamericana. Obviamente, que hubo excepciones a esta generalización, pero fueron eso, meras excepciones.

Si en los años de Echeverría y López Portillo tanto el gobierno mexicano como algunos sectores de la izquierda se propusieron interpretar la relación México-Estados Unidos como una de antagonismo entre nacionalismo e imperialismo, hoy se puede proponer otra diferente: una de complicidad entre un autoritarismo estable y discretamente anticomunista y una gran potencia cuyo interés nacional fue bien servido por la predictibilidad que le dieron a la política mexicana un presidencialismo sin contrapesos y un sistema de partido de Estado disfrazado de democracia plural. De ahí el poco entusiasmo que Washington mostró por la oposición mexicana, especialmente cuando la izquierda dejó de ser una fuerza marginal y se convirtió en un desafío a un presidente que si bien no pudo hacer creíble su elección en 1988, en cambio propuso un tratado de libre comercio a Estados Unidos y Canadá para revitalizar a un régimen que podía ser calificado de varias maneras, menos de democrático.

Y la Historia Sigue.- Los ejemplos de reinterpretación de la historia de la compleja relación entre México y Estados Unidos -- los hechos desde las secretarías de Estado o la academia -- abarcan sólo una parte de la enorme arena abierta al

ejercicio de volver a pensar el pasado de nuestra relación con la gran potencia hegemónica desde este presente, donde el viejo nacionalismo revolucionario agoniza y aún aparece lo que habrá de tomar su lugar.